

*EL SENTIDO DE LA MUERTE
EN LA POESIA DE QUASIMODO*

TESTIMONIANDO su admiración por el libro de Quasimodo, *Día tras día*, Carlo Bo en el prólogo a la obra, edición de Mondadori, 1957, establece los límites y diferencias del curso poético seguido por el autor y en un cierto punto llega a decir: «salido de un estado de pública confesión demasiado limitado siente que esta situación no es ya suficiente dentro de las nuevas condiciones de vida y entonces, aún sin renunciar a la voz constante de la propia persona, busca fijar los términos de un camino común, el sentido de una definición humana en el que, si no es posible obtener la última verdad, sea al menos alcanzable un medio de participación, el dato de una colaboración continua, anónima». En estas palabras significativas está encerrado el problema de la poesía de Salvatore Quasimodo que es, en general, el mismo de toda la generación italiana de estos últimos años; problema, no tanto de carácter literario en su intento de renovación de lenguaje y contenido, cuanto de orden moral, de búsqueda de fé, de desaparecidos ideales de vida. Había que resolver la angustia espiritual en que se vivía, abandonar la realidad histórica para enfrentarse con aquella interna, con la de cada hombre, con la del Hombre, donde no existen superficialidades sino valores absolutos. Mas, ¿dónde hallar estos valores? La guerra había arrasado la tierra, había vaciado el cielo y llenándolo de odio, sólo quedaban unos muertos y unos vivos muertos también. Así pues, con el vacío, el odio y la muerte había que vivir. Y fué el primero quien salvó al hombre de perecer; su soledad y su desnudez le hicieron contemplarse, encontrar a Dios, admitir la



muerte con la misma sencillez con que la tierra acoge la lluvia y las hojas de los árboles palidecen bajo la caricia del fuerte sol del estío. Descubrió que sufría, halló en su dolor su propia resignación y creó palabras para acompañar su silencio.

Los senderos de la creación eran angostos y difíciles; durante largo tiempo las palabras fueron frías, carentes de vida, meros gritos, luego, nostálgicas de una fe sin la cual —como dice Weidlé— no podía existir verdadera creación. Fe en las palabras, fe en la vida, fe en el hombre. Creer en algo, en cualquier cosa; creencia que haría revivir el arte, haría posible ese buscado absoluto, esa verdad perdida, esa razón de vida.

Las tentativas para regenerar el arte por medio de este descubrimiento fueron numerosas, tantas como aspectos encerraba. El drama era distinto en cada hombre en la manera en que todo hombre mantúvose en contacto con la naturaleza antes del drama.

En Pavese, su infelicidad le lleva a añorar su infancia, los años en que discurría alegremente por un paisaje de Arcadia. Y en los momentos cruciales de la guerra, aquellos presentados en *La casa en la colina*, huye a su tierra atravesando ruinas y cadáveres, con imprevistos encuentros de guerrilleros y enemigos, en un deseo de ver a los suyos, de sentirse en su valle, junto al Belbo; y cuando allá a lo lejos logra divisar el campanil de un pueblecito conocido, entre unas casas nítidas, desaparece en él el temor de perderse: «el cielo altísimo era chiaro» —precisa— al menos así se lo pareció a él.

La contemplación de la muerte desnuda su propio yo y le enfrenta a un destino, a un fin cierto. De la sangre vertida habrá que rendir cuenta; los muertos nos pertenecen porque se tiene la impresión de que el mismo destino que los ha puesto por tierra es el que podría habernos colocado a nosotros; no existe diferencia y si vivimos se lo debemos al cadáver que contemplamos. Y ante el morir, aflora en Pavese una conciencia religiosa, natural y humana, nacida de la observación cotidiana; una religión, en la que no cuenta para nada la vida sino la muerte porque las cosas de la vida reciben su valor dentro de la eternidad, esto es, por encima y más allá de la muerte. Y preguntando la paz tibia y los recuerdos felices, deplora en ciertos momentos «i pensieri di tranquilla lettura spirituale, la speranza di una pace suprema».

El drama en Pavese está poblado de renuncia. El poeta ha sido desprovisto de toda esperanza y se arrastra por la vida seco, estéril, frío,



solo con un sabor amargo en la boca y un fuerte batir de su corazón. El único consuelo para su soledad es la vuelta a una naturaleza virgen:

«Nel ricordo compagno le grandi colline».

Volver a un estado primigenio, invariable, en el que el hombre se siente unido a la tierra con lazos irracionales. Retorno a lo primitivo, al mito, a la tierra y al amor, «due archetipi ancestrali»; retorno a un mundo olvidado lleno de fe y de misterio, núcleo de poesía y humano. «Si en el fondo se desea ardientemente lo natural es porque nos lleva a lo sobrenatural». Luego, por tanto, la vuelta de Pavese a la infancia, al mito, a lo ancestral es su religión, aquello en lo que funda su esperanza:

«Tra la vita e la morte la speranza taceva».

Morir era abandonar, huir de todas las constricciones, de tantos sometimientos, «una protesta di vita» —como decía— lo que equivale a una mayor afirmación de vida, una desaparición en la vital prepotencia del amor. Para el Cesare estoico la muerte debía ser una explícita y persuasiva despedida de una vida que tenía exhaustas todas sus razones.

*«Verrà la morte e avrà i tuoi occhi-
questa morte che ci accompagna
dal mattino alla sera, insonne,
sorda, come un vecchio rimorso
o un vizio assurdo. I tuoi occhi
saranno una vana parola,
un grido taciuto, un silenzio.
Così li vedi ogni mattina
quando su te sola ti pieghi
nello specchio. O cara speranza,
quel giorno sapremo anche noi
che sei la vita e sei il nulla.»*

*Per tutti la morte ha uno sguardo.
Verrà la morte e avrà i tuoi occhi.
Sarà come smettere un vizio,*



*come vedere nello specchio
riemergere un viso morto,
come ascoltare un labbro chiuso.
Scenderemos nel gorgo muti».*

La piedad en Ungaretti restituye la luz a las tinieblas de la noche, encuentra la tierra, la tierra de su propia historia donde crea el mito de sí mismo, en el que el tiempo carece de presente y de pasado para ser sólo futuro. Lo que es alegría y lo que fué dolor se hallan confundidos por la piedad en la eternidad del sentir humano:

*«Non c'è, altro non c'è su questa terra
che un barlume di vero
e il nulla della polvere,
anche se, matto incorreggibile,
incontro al lampo dei miraggi
nell'intimo e nei gesti, il vivo
tendersi sembra sempre».*

La solución es semejante en Quasimodo: el «amor» y aquello que se atreve a llamar «Cristo» son los términos que señalan la profundidad de su poesía, palabras en las que resume su esfuerzo de identificación con el absoluto, de participación de la humanidad. Hablar de *Día tras día* es recorrer de nuevo el escenario de sus experiencias poéticas, vivir aquellos horribles años después de la guerra entre los muertos abandonados en las plazas sobre la hierba endurecida por el hielo, el lamento de cordero de los niños, el negro grito de la madre que iba al encuentro del hijo crucificado en un poste de telégrafo. «E come potevamo noi cantare?» —se pregunta Quasimodo—. Ciertamente. ¡Qué bella es la regeneración, la conquista de esta fe! Día tras día, hora tras hora en lucha consigo mismo, persiguiendo algo tan tenue como la esperanza, una esperanza de amor, un amor que sabemos existió porque aún solloza. Y sin embargo escucha su lamento y aprende a distinguir su sonido. Entre una poesía como

*«Invano cerchi tra la polvere,
povera mano, la città è morta.*



*E morta: s'è udito l'ultimo rombo
sul cuore del Naviglio. E l'usignolo
è caduto dall'antenna, alta sul convento,
dove cantava prima del tramonto.*

o bien

«Qualcuno vive.

*Forse qualcuno vive. Ma noi, qui
chiusi in ascolto dell'antica voce,
cerchiamo un segno che superi la vita,
l'oscuro sortilegio della terra,
dove anche fra le tombe di macerie
l'erba maligna solleva il suo fiore».*

y

«La vita

*non è in questo tremendo, cupo, battere
del cuore, non è pietà, non è più
che un gioco del sangue dove la morte
è in fiore».*

o esta otra

«Le parole ci stancano

*risalgono da un acqua lapidata;
forse il cuore ci resta, forse il cuore...».*

se percibe una madurez interior hecha de arideces, de incertezas, de palabras repletas de recuerdos e impresiones, hechas de inquietudes, golpe a golpe, conducidas con un esfuerzo inmensurable e incesante, por un camino largo hacia un tender, fuera del tiempo, al momento estático que logrará la esperanza. Sucede, por esto, que palabras, hechos, gestos, se convierten —revestidos y encarnados por el tiempo, por estos instantes— en símbolos y mitos de esa verdad en adelante incorruptible y seca. No eran necesarias retóricas, ni argumentos, ni imposiciones polémicas; sólo el poeta debía escuchar la voz que salía de su interior y con medios puros crear palabras llenas de significado. El período interrogativo, introducido por pronombres, formulaciones, el continuo ceder al uso del «forse», a la imagen-memoria, marcan el movimiento alternante del dolor, las pausas, agudos y equilibrios por los que el espíritu de Quasimodo constata, cede y domina la historia de su tiempo, su propia historia, la His-



toria. Versos que recuerdan primitivas formas, el metro duro de una imagen antigua; versos, los más, que se deslizan suavemente, sonoros, musicalmente rítmicos.

Y a este punto, me permito decir que la labor de Quasimodo está plenamente lograda, del modo más digno, ofreciendo su propia experiencia en favor de verdades abstractas de vida. En fin, leamos estos versos de *Hombre de mi tiempo* en los que el amor impera y Cristo está ya innegablemente dentro:

*«Sei ancora quello della pietra e della fionda;
uomo del mio tempo. Eri nella carlinga,
con le ali maligne, le meridiane di morte,
—l'ho visto— dentro il carro di fuoco, alle forche,
alle ruote di tortura. T'ho visto: eri tu,
con la tua scienza esatta persuasa allo sterminio
senza amore, senza Cristo. Hai ucciso ancora,
come sempre, come uccisero i padri, come uccisero
gli animali che ti videro per la prima volta.
E questo sangue odora come nel giorno
quando il fratello disse all'altro fratello:
«Andiamo ai campi». E quell'eco fredda, tenace,
è giunta fino a te, dentro la tua giornata.
Dimenticate, o figli, le nuvole di sangue
salite dalla terra, dimenticate i padri:
le loro tombe affondano nella cenere,
gli uccelli neri, il vento, coprono il loro cuore».*

